

# **El águila y la serpiente**

**(Fragmentos)**

**Martín Luis Guzmán**

## **LA FIESTA DE LAS BALAS**

Atento a cuanto se decía de Villa y el villismo, y a cuanto veía a mi alrededor, a menudo me preguntaba yo en Ciudad Juárez qué hazañas serían las que pintaban más a fondo la División del Norte: si las que se suponían estrictamente históricas, o las que se calificaban de legendarias; si las que se contaban como algo visto dentro de la más escueta realidad, o las que traían ya tangibles, con el toque de la exaltación poética, las revelaciones esenciales. Y siempre eran las proezas de este segundo orden las que se me antojaban más verídicas, las que, a mi juicio, eran más dignas de hacer Historia.

Porque, ¿dónde hallar, pongo por caso, mejor pintura de Rodolfo Fierro -y Fierro y el villismo eran espejos contrapuestos, modos de ser que se reflejaban infinitamente entre sí- que en el relato que ponía a aquél ante mis ojos, después de una de las últimas batallas, entregado a consumir, con fantasía tan cruel como creadora de escenas de muerte, las terribles órdenes de Villa? Verlo así era como sentir en el alma el roce de una tremenda realidad cuya huella se conservaba para siempre.

\* \* \*

Aquella batalla, fecunda en todo, había terminado dejando en manos de Villa no menos de quinientos prisioneros. Villa mandó separarlos en dos grupos: de una

parte los voluntarios orozquisas a quienes llamaban *colorados*; de la otra, los federales. Y como se sentía ya bastante fuerte para actos de grandeza, resolvió hacer un escarmiento con los prisioneros del primer grupo, mientras se mostraba benigno con los otros. A los colorados se les pasaría por las armas antes de que oscureciese; a los federales se les daría a elegir entre unirse a las tropas revolucionarias o bien irse a sus casas mediante la promesa de no volver a hacer armas contra la causa constitucionalista.

Fierro, como era de esperar, fue el encargado de la ejecución, a la cual dedicó desde luego la eficaz diligencia que tan buen camino le auguraba ya en el ánimo de Villa, o, según decía él: de "su jefe".

Declinaba la tarde. La gente revolucionaria, tras de levantar el campo, iba reconcentrándose lentamente en torno del humilde pueblecito que había sido objetivo de la acción. Frío y tenaz, el viento de la llanura chihuahuense empezaba a despegar del suelo y apretaba los grupos de jinetes y de infantes: unos y otros se acogían al socaire de las casas. Pero Fierro -a quien nunca detuvo nada ni nadie- no iba a rehuir un airecillo fresco que a lo sumo barruntaba la helada de la noche. Cabalgó en su caballo de anca corta, contra cuyo pelo oscuro, sucio por el polvo de la batalla, rozaba el borde del sarape gris. Iba al paso. El viento le daba de lleno en la cara, mas él no trataba de evitarlo clavando la barbilla en el pecho ni levantando los pliegos del embozo. Llevaba enhiesta la cabeza, arrogante el busto, bien puestos los pies en los estribos y elegantemente dobladas las piernas entre los arreos de campaña sujetos a los tientos de la montura. Nadie lo veía, salvo la desolación del llano y uno que otro soldado que pasaba a distancia. Pero él, acaso inconscientemente, arrendaba de modo que el animal hiciera piernas como para lucirse en un paseo. Fierro se sentía feliz: lo embargaba el placer de la victoria -de la victoria, en que nunca creía hasta consumarse la completa derrota del enemigo-, y su alegría interior le afloraba en sensaciones físicas que tornaban grato el hostigo del viento y el andar del caballo después de quince horas de no apearse. Sentía como caricia la luz del sol -sol un tanto desvaído, sol prematuramente envuelto en tormentosos y encendidos fulgores.

Llegó al corral donde tenían encerrados, como rebaño de reses, a los trescientos prisioneros colorados condenados a morir, y se detuvo un instante a mirar por sobre las tablas de la cerca. Por su aspecto, aquellos trescientos huertistas hubieran podido pasar por otros tantos revolucionarios. Eran de la fina raza de Chihuahua: altos los cuerpos, sobrias las carnes, robustos los cuellos, bien

conformados los hombros sobre espaldas vigorosas y flexibles. Fierro consideró de una ojeada el pequeño ejército preso, lo apreció en su valor militar -y en su valer- y sintió una pulsación rara, un estremecimiento que le bajaba desde el corazón, o desde la frente, hasta el índice de la mano derecha. Sin quererlo, la palma de esa mano fue a posarse en las cachas de la pistola.

-Batalla, ésta -pensó.

Indiferentes a todo, los soldados de caballería que vigilaban a los prisioneros no se fijaban en él. A ellos no les preocupaba más que la molestia de estar montando una guardia fatigosa -guardia incomprensible después de la excitación del combate- que les exigía tener lista la carabina, cuya culata apoyaban en el muslo. De cuando en cuando, si algún prisionero parecía apartarse, los soldados apuntaban con aire resuelto y, de ser preciso, hacían fuego. Una onda rizaba entonces el perímetro informe de la masa de prisioneros, los cuales se replegaban para evitar el tiro. La bala pasaba de largo o derribaba a alguno.

Fierro avanzó hasta la puerta del corral; gritó a un soldado, que vino a descorrer las trancas, y entró. Sin quitarse el sarape de sobre los hombros echó pie a tierra. El salto le deshizo el embozo. Tenía las piernas entumecidas de cansancio y de frío: las estiró. Se acomodó las dos pistolas. Se puso luego a observar despacio la disposición de los corrales y sus diversas divisiones. Dio varios pasos hasta una de las cercas, sin soltar la brida. Pasó ésta, para dejar sujeto el caballo, por entre la juntura de dos tablas. Sacó de las cantinas de la silla algo que se metió en los bolsillos de la chaqueta, y atravesó a poca distancia de los prisioneros.

Los corrales eran tres, comunicados entre sí por puertas interiores y callejones angostos. Del que ocupaban los colorados, Fierro pasó, deslizando el cuerpo entre las trancas de la puerta, al de en medio; en seguida, al otro. Allí se detuvo. Su figura, grande y hermosa, irradiaba un aura extraña, algo superior, algo prestigioso y a la vez adecuado al triste abandono del corral. El sarape había venido resbalándole del cuerpo hasta quedar pendiente apenas de los hombros: los cordoncillos de las puntas arrastraban por el suelo. Su sombrero, gris y ancho de ala, se teñía de rosa al recibir de soslayo la luz poniente del sol. Vuelto de espaldas, los prisioneros lo veían desde lejos, a través de las cercas. Sus piernas formaban compás hercúleo y destellaban; el cuero de sus mitasas brillaba en la luz del atardecer.

A unos cien metros, por la parte exterior a los corrales, estaba el jefe de la tropa encargada de los prisioneros. Fierro lo vio y le indicó a señas que se acercara.

El oficial cabalgó hasta el sitio de la cerca más próxima a Fierro. Este caminó hacia él. Hablaron. Por momentos, conforme hablaban, Fierro fue señalando diversos puntos del corral donde se encontraba y del corral contiguo. Después describió, moviendo la mano, una serie de evoluciones que repitió el oficial como con ánimo de entender mejor. Fierro insistió dos o tres veces en una maniobra al parecer muy importante, y el oficial, seguro de las órdenes, partió al galope hacia donde estaban los prisioneros.

Entonces tornó Fierro al centro del corral, atento otra vez al estudio de la disposición de la cercas y demás detalles. Aquel corral era el más amplio de los tres y, según parecía, el primero en orden -el primero con relación al pueblo-. Tenía en dos de sus lados sendas puertas hacia el campo: puertas de trancas más estropeadas -por mayor uso- que las de los corrales posteriores, pero de maderos más fuertes. En otro lado se abría la puerta que daba al corral inmediato, y el lado último no era una simple cerca de tablas, sino tapia de adobes, de no menos de tres metros de altura. La tapia mediría como sesenta metros de largo, de los cuales veinte servían de fondo a un cobertizo o pesebre, cuyo tejado bajaba de la barda y se asentaba, de una parte, en los postes, prolongados, del extremo de una de las cercas que lindaban con el campo, y de la otra, en una pared, también de adobe, que salía perpendicularmente de la tapia y avanzaba cosa de quince metros hacia los medios del corral. De esta suerte, entre el cobertizo y la cerca del corral próximo venía a quedar un espacio cerrado en dos de sus lados por paredes macizas. En aquel rincón, el viento de la tarde amontonaba la basura y hacía sonar con ritmo anárquico, golpeándolo contra el brocal de un pozo, un cubo de hierro. Del brocal del pozo se elevaban dos palos toscos, terminados en horqueta, sobre los cuales se atravesaba otro más, y desde éste pendía una garrucha con cadena, que sonaba también movida por el viento. En lo más alto de una de las horquetas, un pájaro grande, inmóvil, blanquecino, se confundía con las puntas torcidas del palo seco.

Fierro se hallaba a cincuenta pasos del pozo. Detuvo un segundo la vista sobre la quieta figura del pájaro, y, como si la presencia de éste encajara a pelo en sus reflexiones, sin cambiar de expresión, ni de postura, ni de gesto, sacó la pistola lentamente. El cañón del arma, largo y pulido, se transformó en dedo de rosa a la luz poniente del sol. Poco a poco el gran dedo fue enderezándose hasta señalar en dirección del pájaro. Sonó el disparo -seco y diminuto en la inmensidad de la tarde- y el animal cayó al suelo. Fierro volvió la pistola a la funda.

En aquel momento un soldado, trepando a la cerca, saltó dentro del corral. Era el asistente de Fierro. Había dado el brinco desde tan alto que necesitó varios segundos para erguirse otra vez. Al fin lo hizo y caminó hacia donde estaba su amo. Fierro le preguntó, sin volver la cara:

-¿Qué hubo con éstos? Si no vienen pronto, se hará tarde.

-Parece que ya vienen "ai" -contestó el asistente.

-Entonces, tú ponte allí. A ver, ¿qué pistola traes?

La que usted me dio, mi jefe. La *mitigüeson*.

-Dácala pues, y toma estas cajas de parque. ¿Cuántos tiros dices que tienes?.

-Unas quince docenas, con los que he arrejuntado hoy, mi jefe. Otros hallaron hartos, yo no.

-¿Quince docenas?... Te dije el otro día que si seguías vendiendo el parque para emborracharte iba a meterte una bala en la barriga.

-No, mi jefe.

-No mi jefe, qué.

-Que me embriago, mi jefe, pero no vendo el parque.

-Pues cuidadito, porque me conoces. Y ahora ponte vivo para que me salga bien esta ancheta. Yo disparo y tú cargas las pistolas. Y oye bien esto que te voy a decir: si por tu culpa se me escapa uno siquiera de los colorados, te acuesto con ellos.

-¡Ah, qué mi jefe!

-Como lo oyes.

El asistente extendió su frazada sobre el suelo y vació en ella las cajas de cartuchos que Fierro acababa de darle. Luego se puso a extraer uno a uno los tiros que traía en las cananas de la cintura. Quería hacerlo tan de prisa, que se tardaba más de la cuenta. Estaba nervioso, los dedos se le embrollaban.

-¡Ah, qué mi jefe! -seguía pensando para sí.

Mientras tanto, tras de la cerca que limitaba el segundo corral fueron apareciendo algunos soldados de la escolta. Montados a caballo, medio busto les sobresalía del borde de las tablas. Muchos otros se distribuyeron a lo largo de las dos cercas restantes.

Fierro y su asistente eran los únicos que estaban dentro del corral: Fierro, con una pistola en la mano y el sarape caído a los pies; el asistente, en cuclillas, ordenando sobre su frazada las filas de cartuchos.

\* \* \*

El jefe de la escolta entró a caballo por la puerta que comunicaba con el corral contiguo y dijo:

-Ya tengo listos los primeros diez. ¿Te los suelto?

Respondió Fierro:

-Sí, pero antes entéralos bien del asunto: en cuanto asomen por la puerta yo empezaré a dispararles; los que lleguen a la barda y la salten quedan libres. Si alguno no quiere entrar, tú métele bala.

Volvióse el oficial por donde había venido, y Fierro, pistola en mano, se mantuvo alerta, fijos los ojos en el estrecho espacio por donde los prisioneros iban a irrumpir. Se había situado bastante próximo a la valla divisoria para que, al hacer fuego, las balas no alcanzaran a los colorados que todavía estuviesen del lado de allá: quería cumplir lealmente lo prometido. Pero su proximidad a las tablas no era tanta que los prisioneros, así que empezase la ejecución, no descubriesen, en el acto mismo de trasponer la puerta, la pistola que les apuntaría a veinte pasos. A espaldas de Fierro, el sol poniente convertía el cielo en luminaria roja. El viento seguía soplando.

En el corral donde estaban los prisioneros creció el rumor de voces -voces que los silbos del viento destrozaban, voces como de vaqueros que arrearan ganado-. Era difícil la maniobra de hacer pasar del corral último al corral de enmedio a los trescientos hombres condenados a morir en masa; el suplicio que los amenazaba hacía encrespase su muchedumbre con sacudidas de organismo histérico. Se oía gritar a la gente de la escolta, y, de minuto en minuto, los disparos de carabina recogían las voces, que sonaban en la oquedad de la tarde como chasquido en la punta de un latigazo.

De los primeros prisioneros que llegaron al corral intermedio, un grupo de soldados segregó diez. Los soldados no bajaban de veinticinco. Echaban los

caballos sobre los presos para obligarlos a andar; les apoyaban contra la carne las bocas de las carabinas.

-¡Traidores! ¡Jijos de la rejija! ¡Ora vamos a ver qué tal corren y brincan! ¡Eche usted p'allá, traidor!

Y así los hicieron avanzar hasta la puerta de cuyo otro lado estaban Fierro y su asistente. Allí la resistencia de los colorados se acentuó; pero el golpe de los caballos y el cañón de las carabinas los persuadieron a optar por el otro peligro, por el peligro de Fierro, que no estaba a un dedo de distancia, sino a veinte pasos.

Tan pronto como aparecieron dentro de su visual, Fierro los saludó con extraña frase -frase a un tiempo cariñosa y cruel, de ironía y de esperanza:

-¡Andenles, hijos: que nomás yo tiro y soy mal tirador!

Ellos brincaban como cabras. El primero intentó abalanzarse sobre Fierro, pero no había dado tres saltos cuando cayó acribillado a tiros por los soldados dispuestos a lo largo de la cerca. Los otros corrieron a escape hacia la tapia: loca carrera que a ellos les parecería como de sueño. Al ver el brocal del pozo, uno quiso refugiarse allí: la bala de Fierro lo alcanzó el primero. Los demás siguieron alejándose; pero uno a uno fueron cayendo -en menos de diez segundos, Fierro disparó ocho veces-, y el último cayó al tocar con los dedos los adobes que por un extraño capricho separaban en ese momento la región de la vida de la región de la muerte. Algunos cuerpos dieron aún señales de vida; los soldados, desde su sitio, tiraron sobre ellos para rematarlos.

Y vino otro grupo de diez, y luego otro, y otro, y otro. Las tres pistolas de Fierro -dos suyas, la otra de su asistente- se turnaban en la mano homicida con ritmo perfecto. Cada una disparaba seis veces -seis veces sin apuntar, seis veces al descubrir- y caía después encima de la frazada. El asistente hacía saltar los casquillos quemados y ponía otros nuevos. Luego, sin cambiar de postura, tendía hacia Fierro la pistola, el cual la tomaba casi al soltar la otra. Los dedos del asistente tocaban las balas que segundos después tenderían sin vida a los prisioneros; pero él no levantaba los ojos para ver a los que caían: toda su conciencia parecía concentrarse en la pistola que tenía entre las manos y en los tiros, de reflejos de oro y plata, esparcidos en el suelo. Dos sensaciones le ocupaban lo hondo de su ser: el peso frío de los cartuchos que iba metiendo en los orificios del cilindro y el contacto de la epidermis lisa y cálida del arma. Arriba, por sobre

su cabeza, se sucedían los disparos con que su jefe se entregaba al deleite de hacer blanco.

El angustioso huir de los prisioneros en busca de la tapia salvadora -fuga de la muerte en una sinfonía espantosa, donde la pasión de matar y el ansia inagotable de vivir luchaban como temas reales- duró cerca de dos horas, irreal, engañoso, implacable. Ni un instante perdió Fierro el pulso o la serenidad. Tiraba sobre blancos móviles y humanos, sobre blancos que daban brincos y traspiés entre charcos de sangre y cadáveres en posturas inverosímiles, pero tiraba sin más emoción que la de errar o acertar. Calculaba hasta la desviación de la trayectoria por efecto del viento, y de un disparo a otro la corregía.

Algunos prisioneros, poseídos de terror, caían de rodillas al trasponer la puerta: la bala los doblaba. Otros bailaban danza grotesca al abrigo del brocal del pozo hasta que la bala los curaba de su frenesí o los hacía caer heridos por la boca del hoyo. Casi todos se precipitaban hacia la pared de adobes y trataban de escalarla trepando por los montones de cuerpos entrelazados, calientes, húmedos, humeantes: la bala los paralizaba también. Algunos lograban clavar las uñas en la barda de tierra, pero sus manos, agitadas por intensa ansiedad de vida, se tornaban de pronto en manos moribundas.

Hubo un momento en que la ejecución en masa se envolvió en un clamor tumultuoso donde descollaban los chasquidos secos de los disparos, opacados por la inmensa voz del viento. De un lado de la cerca gritaban los que huían de morir y morían al cabo; de otro, los que se defendían del empuje de los jinetes y hacían por romper el cerco que los estrechaba hasta la puerta terrible. Y al griterío de unos y otros se sumaban las voces de los soldados distribuidos en el contorno de las cercas. Ellos habían ido enardeciéndose con el alboroto de los disparos, con la destreza de Fierro y con los lamentos y el accionar frenético de los que morían. Saludaban con exclamaciones de regocijo la voltereta de los cuerpos al caer; vociferaban, gesticulaban, reían a carcajadas al hacer fuego sobre los montones de carne humana, donde advertían el menor indicio de vida.

El postrer pelotón de los ajusticiados no fue de diez víctimas, sino de doce. Los doce salieron al corral de la muerte atropellándose entre sí, procurando cada uno cubrirse con el grupo de los demás, a quien trataban de adelantarse en la horrible carrera. Para avanzar hacían corcovos sobre los cadáveres hacinados; pero la bala no erraba por eso: con precisión siniestra iba tocándolos uno tras otro y los dejaba a medio camino de la tapia -abiertos brazos y piernas- abrazados al montón

de sus hermanos inmóviles. Uno de ellos, sin embargo, el último que quedaba con vida, logró llegar hasta la barda misma y salvarla... El fuego cesó de repente y el tropel de soldados se agolpó en el ángulo del corral inmediato para ver al fugitivo.

Pardeaba la tarde. La mirada de los soldados tardó en acostumbrarse al parpadeo interferente de las dos luces. De pronto no vieron nada. Luego, allá lejos, en la inmensidad de la llanura medio en la sombra, fue cobrando precisión un punto móvil, un cuerpo que corría. Tanto se doblaba el cuerpo al correr, que por momentos se le hubiera confundido con algo rastreado a flor de suelo.

Un soldado apuntó:

-Se ve mal -dijo, y disparó.

La detonación se perdió en el viento del crepúsculo. El punto siguió su carrera.

\* \* \*

Fierro no se había movido de su sitio. Rendido el brazo, lo tuvo largo tiempo suelto hacia el suelo. Luego notó que le dolía el índice y levantó la mano hasta los ojos: en la semioscuridad comprobó que el dedo se le había hinchado ligeramente; lo oprimió con blandura entre los dedos y la palma de la otra mano. Y así estuvo, durante buen espacio de tiempo, entregado todo él a la dulzura de un masaje moroso. Por fin, se inclinó para recoger del suelo el sarape, del cual se había desembarazado desde los preliminares de la ejecución. Se lo echó sobre los hombros y caminó para acogerse al socaire del cobertizo. A los pocos pasos se detuvo y dijo al asistente:

-Así que acabes, tráete los caballos.

Y siguió andando.

El asistente juntaba los cartuchos quemados. En el corral contiguo, los soldados de la escolta desmontaban, hablaban, canturreaban. El asistente los escuchaba en silencio y sin levantar la cabeza. Después se irguió con lentitud. Cogió la frazada por las cuatro puntas y se la echó a la espalda: los casquillos vacíos sonaron dentro con sordo cascabeleo.

Había anochecido. Brillaban algunas estrellas. Brillaban las lucecitas de los cigarros al otro lado de las tablas de la cerca. El asistente rompió a andar con paso débil, y así fue, medio a tientas, hasta el último de los corrales, y de allá regresó a poco trayendo de la brida los caballos -el de su amo y el suyo-, y, sobre uno de los hombros, la mochila de campaña.

Se acercó al pesebre. Sentado sobre una piedra, Fierro fumaba en la oscuridad. En las juntas de las tablas silbaba el viento.

-Desensilla y tiéndeme la cama -ordenó Fierro-; no aguanto el cansancio.

-¿Aquí en este corral, mi jefe?...¿Aquí?...

-Sí, aquí.

Hizo el asistente como le ordenaban. Desensilló y tendió las mantas sobre la paja, arreglando con el maletín y la montura una especie de cabezal. Minutos después de tenderse allí, Fierro se quedó dormido.

El asistente encendió su linterna, dio grano a los animales y dispuso lo necesario para que pasaran bien la noche. Luego apagó la luz, se envolvió en su frazada y se acostó a los pies de su amo. Pero un momento después se incorporó de nuevo, se hincó de rodillas y se persignó. En seguida volvió a tenderse en la paja.

\* \* \*

Pasaron seis, siete horas. Había caído el viento. El silencio de la noche se empapaba en luz de luna. De tarde en tarde sonaba próximo el estornudo de algún caballo. Brillaba el claro lunar en la abollada superficie del cubo del pozo y hacía sombras precisas al tropezar con todos los objetos: con todos, menos con los montones de cadáveres. Estos se hacinaban, enormes en medio de tanta quietud, como cerros fantásticos, cerros de formas confusas, incomprensibles.

El azul plata de la noche se derramaba sobre los muertos como la más pura luz. Pero insensiblemente aquella luz de noche fue convirtiéndose en voz, también irreal y nocturna. La voz se hizo distinta: era una voz apenas perceptible, apagada, doliente, moribunda, pero clara en su tenue contorno como las sombras que la luna dibujaba sobre las cosas. Desde el fondo de uno de los montones de cadáveres la voz parecía susurrar:

-Ay...

Luego calló, y el azul de plata de la noche volvió a ser sólo luz. Mas la voz se oyó de nuevo:

-Ay... Ay...

Fríos e inertes desde hacía horas, los cuerpos apilados en el corral seguían inmóviles. Los rayos lunares se hundían en ellos como en una masa eterna. Pero la voz tornó:

-Ay... Ay... Ay...

Y este último ay llegó hasta el sitio donde Fierro dormía e hizo que la conciencia del asistente pasara del olvido del sueño a la sensación de oír. El asistente recordó entonces la ejecución de los trescientos prisioneros, y el solo recuerdo lo dejó quieto sobre la paja, entreabiertos los ojos y todo él pendiente del lamento de la voz, pendiente con las potencias íntegras de su alma.

-Ay... Por favor...

Fierro se agitó en su cama...

-Por favor... agua...

Fierro despertó y prestó oído...

-Por favor... agua...

Entonces Fierro alargó un pie hasta su asistente.

-¡Eh, tú! ¿No oyes? Uno de los muertos está pidiendo agua.

-¿Mi jefe?

-¡Que te levantes y vayas a darle un tiro a ese jijo de la tiznada que se está quejando! ¡A ver si me deja dormir!

-¿Un tiro a quién, mi jefe?

-A ese que pide agua, ¡imbécil! ¿No entiendes?

-Agua, por favor -repetía la voz.

El asistente tomó la pistola de debajo de la montura y, empuñándola, se levantó y salió del pesebre en busca de los cadáveres. Temblaba de miedo y de frío. Uno como mareo del alma lo embargaba.

A la luz de la luna buscó. Cuantos cuerpos tocaba estaban yertos. Se detuvo sin saber qué hacer. Luego disparó sobre el punto de donde parecía venir la voz: la voz se oyó de nuevo. El asistente tornó a disparar: se apagó la voz.

La luna navegaba en el mar sin límites de su luz azul. Bajo el techo del pesebre, Fierro dormía.

[...]

## UN PRÉSTAMO FORZOSO

Camino de México conocimos Domínguez y yo al coronel Ornelas, jefe del estado mayor de uno de los generales que operaban en el centro de la República. Era joven, inteligente, franco y conversador. Todo el tiempo que pasamos juntos no dejó de relatarnos episodios de su vida de campaña, y para distraer uno de los prolongadísimos altos causados por las malas condiciones de la locomotora, nos entretuvo haciendo de cuerpo entero el retrato de su general.

Nos habíamos sentado al borde de la vía férrea, él, nosotros y algunos revolucionarios más –coroneles y oficiales de rifle y pistola– que traíamos en nuestro tren. Se apagaba, admirable, la tarde de otoño. Los montes próximos se arropaban poco a poco en vapores color de violeta que parecían subir del fondo del valle, ya medio en sombra.

Esta vez –contaba Ornelas– se nos vino encima el problema de socorrer a la tropa tan pronto como tomamos el pueblo. El general me mandó llamar y me dijo:

–¿Tú sabes que no hay ni un centavo en las cajas de caudales de la brigada?

–Me han dicho eso.

–Pues no hay que apurarse por tan poco. La posesión de este pueblecito nos sacará de pobres por algunos días. Aquí vamos a poner en obra un plan infalible para los préstamos forzosos de gran envergadura, un plan que rinde las más altas voluntades.

Y luego, tras nueva rociada de retórica y pedantería –que no mermaban en nada su manera ingeniosa, fría, eficaz, ni su modo de ir derecho al objeto y alcanzarlo a todo trance– me tendió un papel con varios nombres escritos de su puño y letra, y añadió:

- Estos son los nombres de los cinco vecinos más ricos del lugar: unos tienen tierras y otros tierras y tienda, pero todos son *científicos*, huertistas, reaccionarios. ¡Que se presenten inmediatamente en este cuartel, so pena de ser fusilados por su comercio con el enemigo!

Estábamos mi general y yo en una pieza de la casa donde iba a instalarse la comandancia de la columna. Por la ventana, abierta y ancha, veíamos en el fondo del cielo el mar de tonos rojos en que se hundía el sol. A todo lo largo de la calle aparecían los grupos de soldados quitando a las mulas los aparejos. Mientras hablábamos entraban y salían ordenanzas encargados del equipaje y otra impedimenta.

- Y esta orden –pregunté, tras de leer los cinco nombres de que se componía la lista– ¿debo mandarla ejecutar o ejecutarla yo mismo?

Mi general reflexionó apenas un segundo y respondió vivamente:

–Sí, eso es; cúmplala tú mismo.

\*\*\*

Cogí diez soldados de los de la escolta y me eché a la calle; si bien pronto, al hallarme en la puerta, vacilé en cuanto al camino que debía seguir. ¿Ganaría para la izquierda? ¿Ganaría para la derecha? El pueblo, para mí desconocido del todo, me resultaba un verdadero enigma como teatro de aprehensiones. ¿Quiénes eran, dónde vivirían aquel don Carlos Valdés y aquel don Ciriaco Díaz González que encabezaban la nómina de los sentenciados al préstamo? Una consideración obvia puso fin a mis dudas empujándome a caminar hacia la placita de los portales, del jardinillo y del quiosco –la misma a donde iría en el atardecer de los siguientes días a entretenerme mirando el revolotear de las urracas entre las frondas de los árboles añosos.

En la plaza logré pronto informes precisos. Mas como hube de acercarme a diversas puertas y andar por varias calles, seguido siempre de la escolta, la alarma empezó a cundir. El aire siniestro de mis hombres y los rostros inquietos de quienes nos acompañaban, reavivaron el sobresalto producido por la escaramuza de la mañana.

Por fortuna, para cuatro de los vecinos designados por mi general la busca no resultó larga. Todos los habitantes del pueblo los conocían: a ellos, a sus familiares, sus casas, sus comercios. Pero para el otro –el primero de la lista: don Carlos Valdés– la cosa fue ya bien diferente. Al principio nadie sabía de quién se trataba:

–¿Carlos Valdés? ¿Cuál Carlos Valdés?

Por fin se puso en claro que sí había en el pueblo un Carlos Valdés; pero se insistió en que no podía ser ése el Valdés de mi lista, sino otro: don Vicente Valdés, cuyas señas no se ignoraban.

–¿Y por qué –inquiría yo– no ha de ser don Carlos el Valdés que yo busco?

–Porque Carlos Valdés –me enteraban– no pertenece, como las otras personas que anda usted cazando, a las familias pudientes del pueblo, mientras que don Vicente sí. Éste, si no de los más acaudalados, tampoco es de los más pobres.

Mi orden, sin embargo, se refería a don Carlos Valdés y no a don Vicente Valdés, por lo que yo, ateniéndome a la consigna, pedí que se me guiara a la casa del primero y no a la del segundo, y cuando hube dado con aquél, me lo traje entre filas junto con los cuatro ricos auténticos o, por lo menos, indiscutibles.

\*\*\*

Mi general recibió a sus candidatos al préstamo forzoso con toda la parafernalia ceremoniosa de semejantes casos. Estaba en pie, detrás de su mesita de campaña: abotonado hasta el cuello el chaquetín; afeitado con esmero; vueltas hacia arriba, a lo Káiser, las agudas guías de sus bigotes, y abombado el pecho, a falta de genuino aire marcial, bajo la gola de sombra que proyectaban los rayos de la lámpara al interponérseles el curvo perfil de una papada prematura. A uno y otro extremos de la mesilla, sobre sendos taburetes, tenía abiertas y exhaustas las cajas de caudales de sus tropas.

Dejó transcurrir varios minutos en silencio, a fin de impresionar más hondamente a sus víctimas, y luego dijo:

–Los saludo a ustedes, señores, por más que no me allane a estrecharles la mano; ustedes son unos traidores, unos cobardes, unos ciudadanos perversos, enemigos del pueblo y de sus instituciones libres, en tanto que yo... yo soy un digno representante del valeroso Ejército Revolucionario...

–¡Señor general! Intentó aquí proferir uno de los cinco hombres a quienes se apostrofaba tan duramente.

Pero mi general, desde luego, lo ató corto:

–No, señor –dijo–, de ninguna manera. De ninguna manera se me interrumpa.

Y para reforzar su dicho, se volvió a mí, que aún conservaba bajo mi mando los diez soldados de la escolta, y repitió con énfasis:

–¡Que de ninguna manera se me interrumpa!

Yo entonces mandé terciar armas y distribuí los soldados en la retaguardia y flancos de los prisioneros.

Mi general, mientras tanto, había extraído del bolsillo de su chaquetín una copia de la lista que me diera poco antes y la leía para sí. En seguida, sin levantar la vista del papel, pero con ademán de dirigirse a los presos, continuó:

–Don Carlos Valdés. ¿Quién es don Carlos Valdés?

–Yo soy, señor –respondió el nombrado.

–Don Ciriaco Díaz González. ¿Quién es el señor Díaz González?

–Yo – contestó una voz perentoria y seca.

–¡Ajá! Conque usted. Mucho gusto...

Y a renglón seguido:

–Don Pedro Salas Duarte. ¿Quién es don Pedro Salas Duarte?

–Un servidor, general.

–¿Un servidor? Pronto lo veremos. ¿Y don Marciano de la Garza?

–También para servirle, señor general.

–Usted, supongo –afirmó mi general dirigiéndose al único preso cuyo nombre no había pronunciado aún–, será don Ignacio Muriedas.

–El mismo –ratificó el otro con aire y con acento denunciadores de que era español.

–Pues bien, señores –prosiguió mi general en tono de discurso–: la Revolución consume fondos que nosotros, sus servidores honrados, sus servidores puros y sin mancha, no podemos improvisar. Y como nada hay más justo que ustedes –las clases y los individuos responsables del presente estado de cosas– paguen los gastos de la guerra de que son causa única, a ustedes toca venir a colmar el vacío de que ahora se resienten las arcas de la pagaduría de mis tropas, y a tal se debe esta entrevista, a la que tan amablemente se han servido concurrir. Las fuerzas de mi mando, que hoy por la mañana supieron librar a este pueblo de la ignominia de seguir bajo el yugo de las tropas reaccionarias, esperan de ustedes, sin demora ni excusa de ningún género, la módica suma de treinta y cinco mil pesos en efectivo. Con todo, no quiero adelantar conclusiones: los treinta y cinco mil pesos los entregarán ustedes no a título de castigo por su apoyo a los enemigos de la libertad y el orden de la República –nadie crea que me erijo en juez–, sino como simple préstamo forzoso, por el que se les otorgará recibo y se les indemnizará cuando la

causa triunfe... Dos puntos son aquí esenciales e invariables y explican por sí solos el rigor de las órdenes respectivas. Uno es el monto de las sumas que cada uno de ustedes deberá entregar: no se las reducirá en un solo centavo; otro, el plazo que a cada uno se le otorga: no se le alargará en un solo instante.

Los cinco sentenciados al préstamo habían venido sintiendo, a medida que mi general avanzaba en sus retóricas, un ritmo de venas más acelerado. Se les veía tragar saliva; tenían hinchada la frente; conservaban piernas y pies en quietud perfecta, y no paraban de agitar las manos dentro de los bolsillos. Sólo uno, don Carlos Valdés, parecía aceptar la embestida con suficiente flema para no airarse. Miraba a mi general, dibujándosele en los labios, casi imperceptible, una sonrisa entre burlona y melancólica.

Después de una pequeña pausa y volviendo a su lista, mi general continuó:

–Señor don Carlos Valdés: las fuerzas de mi mando le conceden a usted un plazo de doce horas a partir de este instante (son –dijo mirando su reloj de pulsera– las siete y cuarenta y siete de la noche) para que entregue en la caja de mi brigada cinco mil pesos. De no llenar este requisito, será usted ahorcado, sin nuevo trámite de ninguna especie, mañana a las siete y cuarenta y siete de la mañana.

La fila de los cinco ricos, al oír tales palabras, perdió el resuello. De rojos que estaban, se pusieron blancos. Valdés quiso hablar y abrió la boca; pero antes de que emitiera el menor sonido, ya mi general estaba diciendo:

–Señor don Ciriaco Díaz González: se le concede a usted un plazo de quince horas a partir de este instante (son las siete y cuarenta y nueve de la noche), para que entregue en la caja de mis fuerzas la suma de seis mil pesos. De no cumplir con este requisito será usted ahorcado sin trámites ni apelación mañana a las diez y cuarenta y nueve de la mañana... Señor don Pedro Salas Duarte: se le conceden a usted diez y ocho horas, a partir de este momento, para que entregue en la caja de mis fuerzas la suma de siete mil pesos. Son las siete y cincuenta y un minutos de la noche; de no cumplir la orden recibida, será usted ahorcado, sin que medie nueva formalidad de ninguna naturaleza, mañana a la una y cincuenta y un minutos de la tarde... Señor don Marciano de la Garza: se le concede a usted un plazo de veintiuna horas (son las siete y cincuenta y tres de la noche) para entregar en la caja de mis fuerzas la cantidad de ocho mil pesos. Si no cumple usted este mandato será ahorcado, sin otro trámite que el de la verificación del reloj, mañana a las cuatro y cincuenta y tres de la tarde... Señor don Ignacio Muriedas: se le conceden a usted veinticuatro horas, a partir de este instante (son las siete y cincuenta y cinco de la noche), para que entregue en la caja de mi brigada la suma de nueve mil pesos. Si se resiste usted a cumplir esta orden será ahorcado mañana, sin trámites de ninguna especie, exactamente a esta misma hora y en este mismo minuto... Una palabra

más: mientras las órdenes que acaban ustedes de escuchar reciben cumplimiento, bien en un sentido –cosa que deseo– o bien en el otro –cosa que lamentaría–, quedan ustedes presos en esta jefatura y a mi disposición. Sólo se les permitirá, para facilitarles sus gestiones que se comuniquen libremente con sus familiares y amigos.

Así dijo mi general, se atusó el bigote, acercó hacia sí una silla y me llamó para darme instrucciones sobre el alojamiento de los presos.

Éstos no volvían aún de su desmayo ni de su asombro. El propio don Carlos Valdés, aquel de quien en el pueblo se decía que no era rico ni cosa que se le pareciese, y que poco antes se mostrara tan animoso, hacía en vano grandes esfuerzos para recobrar la calma. Todos, al fin, intentaron romper a hablar; pero mi general, que no les perdía ojo, los atajó de plano con frases perentorias:

–¡Inútil, señores! ¡Cuánto me digan será inútil! Están dictadas las disposiciones; los plazos corren. O entregan el dinero o van a la horca. ¿Hay una disyuntiva más clara ni más franca? En todo caso, no admite paliativos.

Hubo entonces un silencio prolongado y angustioso. Valdés se puso a respirar con fuerza, y súbitamente, enardecido por la inminencia del peligro, se soltó en palabras, saltando por sobre el gesto imponente con que mi general quiso hacer que callase:

–Callaré muy pronto, señor general, pero no sin decirle antes algo que acaso usted ignore y que mi obligación y mi salud me mandan comunicarle. Como pueden certificar las honorables personas presas aquí conmigo, y cuya suerte me duele igual que la mía, yo soy muy pobre: pobre individualmente, pobre por mis parientes, pobre por mis amigos. No crea usted que miento; le digo la verdad: yo no tengo casas, ni terrenos, ni dinero, ni comercio, ni valores, ni cuentas en los bancos. ¡Doce horas para entregar cinco mil pesos! De oírlo se me hace que estoy soñando. Un año de plazo sería poco, se lo aseguro; tan poco como las doce horas. Así pues, por lo que a mí toca, no aburra con la espera a sus verdugos: mándeme ahorcar ahora mismo en vez de aguardar a mañana a las siete y cuarenta y siete.

–La Revolución, señor Carlos Valdés, no tiene verdugos ni los necesita.

Así dijo mi general, añadiendo al punto:

–Sus palabras le costarán caras.

Y todos guardamos silencio.

## EL NUDO DE AHORCAR

Encendimos una fogata – porque, ya anochecido, la sierra nos mandaba la frialdad de su hálito – y nos agrupamos en corro. Las llamas nos enrojecían el rostro y precipitaban cascadas de oro viejo por los pliegues de los sarapes. Atrás, hacia donde apuntaban fulgurantes con sus reflejos los cañones de los rifles, iba tupiéndose la sombra, el cerco hosco, impenetrable, que nos circundaba por la espalda mientras por delante, en la diminuta rotonda de claridad, formaban perímetro los pares de ojos encandilados y se apretujaban los cuerpos, calientes por un lado hasta tostarse y frígidos por el otro.

A la luz de la hoguera, el relato ensanchó la perspectiva de su interés. El coronel Ornelas se detuvo breves instantes; quiso en vano reavivar el fuego de su cigarrillo de hoja, y prosiguió al fin con el mismo tono de voz que hasta entonces –tono seco, frío en apariencia, pero teñido en realidad de un dejo de emoción temerosa de manifestarse:

Yo conté a mi general lo que en el pueblo se decía: don Carlos Valdés, a juzgar por la fama y las opiniones más válidas, era incapaz de reunir, no ya cinco mil pesos, pero ni quinientos, ni ciento.

–Tú –observó mi general– llegas nuevo a estas andanzas y luego caes en engaño. Ten por seguro que de los cinco sujetos que tenemos presos, el de más valor para nosotros es don Carlos Valdés. Ya lo verás.

\*\*\*

En el pueblo, mientras tanto, había corrido la noticia como reguero de pólvora. Sólo se hablaba del préstamo forzoso impuesto por nuestras tropas y del peligro en que estaban los cinco ricos designados para entregar el dinero y amagados de morir en la hora. Multitud de parientes y amigos de los presos estuvo a ver a éstos en la Jefatura de Operaciones, trayéndoles consejo, simpatía o ayuda. Varias comisiones de las clases humildes lograron acercarse a mi general e intentaron demostrarle cómo don Carlos Valdés no era entonces, ni había sido nunca, hombre de posibles. Pero mi general se encolerizó, dijo que ni la Revolución ni él se equivocaban y amenazó con castigos ejemplares a los que se empeñaran a velar los hechos o en facilitar apoyo a las ocultaciones delictuosas. Tampoco se mostró menos enérgico con los que vinieron a pedirle que alargara los plazos.

–Considere usted, señor general –le decían–, que el pueblo es chico, que está arruinado por la guerra. Ayer mismo, antes de entrar ustedes, los federales barrieron con cuanto había. Hágase cargo: treinta y cinco mil pesos es una cantidad superior a nuestras fuerzas; no la tenemos, no la reuniremos en unas cuantas horas. Siquiera denos usted tiempo para acudir a nuestros amigos de la comarca: cuatro días, tres, dos. Acepte nuestra palabra de honor de que le pagaremos. Somos hombres honrados y hechos a cumplir, así pasemos por huertistas y enemigos del movimiento libertario.

Pero mi general, preciso y enérgico, atusándose las guías del bigote en dirección de los ojos, y sonriendo apenas –como si su gran coquetería se cifrara en enseñar las comisuras de la boca a la sombra de los pelos tensos–, respondió con estas pocas palabras:

–Las órdenes están dadas y los plazos corren. Ustedes, que son unos traidores y unos cobardes, van a aprender que con la Revolución no se juega, ni se juega conmigo, que la represento con cuanta dignidad conviene a su idealismo glorioso y a sus impulsos heroicos, justicieros. Si antes de la hora que ya fijé don Carlos Valdés no entrega los cinco mil pesos que me corresponden, mañana a las siete y cuarenta y siete a. m. lo verán ustedes balancearse en la horca. Y así los demás a su turno. ¡Señores, no pierdan el tiempo!

\*\*\*

A las diez de la noche se metió en la cama mi general, tras de decir, muy preciso, que no lo despertasen hasta las siete de la mañana. La Jefatura de Operaciones entró en reposo. Únicamente en las piezas ocupadas por los cinco presos siguió, sorda, la agitación. Entraban y salían amigos, se mandaban recados, se escribían cartas. Los presos, nerviosísimos, veían el reloj cada cinco minutos, salvo don Carlos Valdés que parecía ajeno al trajín ansioso. Tranquilo o resignado, decía con voz dulce al grupo de mujeres que estaban en rueda alrededor de su silla:

–Yo no tengo cinco mil pesos ni los tendré nunca. Si los pidiera a crédito no me los prestarían, pues salta a la vista que no sabría pagarlos. No dudo de que el pueblo, si pudiese, haría algo para salvarme. Pero ¿cómo esperar que me salve a mí, si no encuentra lo necesario para librar de la horca a mis cuatro compañeros, que son ricos de veras y muy dueños de devolver algún día, con creces, lo que en este trance se haga por ellos? Esperemos que este general, que habla tanto de valor, de justicia y de heroísmo, vuelva en razón y se convenza de que soy un pobre diablo. Entonces no cumplirá sus amenazas; y si las cumple, allá él con su crimen.

\*\*\*

No cesaron en toda la noche las gestiones que se hacían en el pueblo –y fuera del pueblo, pues salieron varios propios con distintos rumbos– por sacar de su terrible apuro a los cinco ricos escogidos por mi general. Mas, a pesar de todo aquel ir y venir, sonaron las siete de la mañana sin que nadie entregase un solo centavo. Mi general, en cuanto despertó, me hizo llamar para preguntarme:

–¿Ya está aquí el dinero de don Carlos Valdés?

–No, mi general. Ni el de don Carlos Valdés ni el de nadie. Y en lo que se refiere a Valdés...

–Perfectamente – me interrumpió–. Apresurémonos a tomar medidas.

Luego reflexionó unos segundos y continuó así:

–Mira. En el patio de la casa hay un fresno canijo. A falta de cosa mejor, eso puede servirnos de horca. Haz que amarren a la rama más alta y menos débil una cuerda fuerte, con gaza en la punta, y toma las demás providencias necesarias. El nudo, sobra decirlo, no ha de ser de los comunes y corrientes. Que sea de los de ahorcar... Habrá que prepararlo todo aprisa, porque son las siete y siete minutos: apenas nos queda algo más de media hora... ¡Ah! Ahora que salgas, de paso, dile a Juan que me traiga el desayuno, hazme el favor.

En el acto salí a cumplir las órdenes recibidas, aunque a cumplirlas no con la facilidad con que se hubiese esperado. La única rama fuerte del fresno canijo era bajísima. Fue necesario medir la estatura de don Carlos Valdés para convencernos de que, subido él sobre una silla –la cual se retiraría en el momento supremo–, podía quedar, entre su pescuezo y la rama, espacio suficiente para la cuerda y el nudo. De ese modo sí era probable que, quitada la silla súbitamente, el cuerpo del ajusticiado colgara con bastante holgura y movimiento para que su propio peso lo ahorcase.

\*\*\*

Mi general acabó de vestirse a las siete y media y vino al patio para ver lo que yo había hecho. Se subió a la silla que estaba debajo del árbol. Se colgó de la cuerda con ambas manos, para probar la resistencia de la rama. Consideró la altura

a que todo aquello quedaba del suelo. Por último examinó el nudo de cerca y con mucha atención.

–Este nudo –declaró al fin, bajándose de la silla– no sirve para nada. Ordené que fuera de los de ahorcar, de los que se han inventado con ese objeto y nunca fallan. ¿Por qué no se me obedece?

Yo le respondí:

–Mi general, éste es el mejor nudo de cuantos se me han ocurrido. No conozco los apropiados para la horca, ni los conoce tampoco ninguno de los oficiales o soldados ahora presentes. He mandado llamar a dos individuos que estuvieron en presidio y no han sabido darme noticias del nudo que se trata.

–Pues conocen ustedes muy poco –respondió– y no merecen la confianza que les dispense. ¡A ver esa cuerda! Haré yo el nudo para que lo aprendan.

Uno de los soldados se encaramó en el árbol, desató la reata y me la echó a las manos pero mi general, interponiéndose ágilmente, la cogió en el aire. La fusta de montar, que traía en la mano derecha, se la metió debajo del brazo. El cigarro, que traía en los labios, se lo acomodó en uno de sus ángulos de la boca, en forma que no le estorbara: el hilillo del humo le subía por el rostro, paralelamente al bigote, e iba a hacerle entornar, al sesgo, el ojo duro. Y allí, parado en mitad del patio, bajo el mirar curioso de oficiales y soldados, se entregó a elaborar con destreza, con maestría, el nudo de la muerte, complicado y siniestro. Mientras movía los dedos, con habilidad extrema, el cordoncito de humo de su cigarro lo hostigaba y daba a su cara, arrugándola en ángulos violentos, algo de satánico, de mefistofélico, una expresión denunciadora de regocijo anticipado ante la perspectiva de romper los cauces más protegidos en su curso. Moviendo rápidamente las manos, volvió un extremo de la cuerda sobre la cuerda misma y la torció de tal manera que vino a formar, como remate, la gaza estranguladora. Era un macizo cilíndrico y largo, por cuyo interior se deslizaba sin tropiezo la cuerda, y cuya rigidez, semejante a la del hierro mismo, rompería la nuca del ajusticiado al colgar de las vértebras inmediatas a la cabeza todo el peso del cuerpo.

–Ahí tienes– me dijo, y me tendió la reata.

Yo la tomé, la vi y se la eché al soldado del árbol. El soldado la amarró de nuevo a la rama.

\*\*\*

A las siete y cuarenta mandó preguntar mi general a don Carlos Valdés si estaba listo para entregar la parte que le correspondía en la derrama del préstamo forzoso. Valdés contestó que listo estaba, pero que no tenía el dinero ni esperaba tenerlo. Entonces mi general ordenó que los cinco presos fueran traídos al patio con una escolta de veinte hombres. A mí me dijo:

–Haz que se presenten aquí inmediatamente todos los oficiales que se encuentren en el edificio.

Salí.

Cuando hube regresado, en el patio reinaba un silencio profundo. A quince pasos del fresno, los ricos sentenciados al préstamo, o a la horca, formaban fila paralela a la rama de que pendía la cuerda, engrandecida por el nudo monstruoso. A la derecha, en ala perpendicular, se alineaban los veinte soldados, de dos en fondo. A la izquierda, los oficiales hacían semicírculos jerárquicos en torno a mi general. Éste daba en voz baja instrucciones al sargento de la escolta y a un cabo.

Enseguida el sargento fue a incorporarse con su escolta y el cabo se colocó junto a una silla que se había puesto cerca de la que se hallaba exactamente debajo del nudo de ahorcar.

Eran las siete y cuarenta y cinco. Los presos, muy pálidos, se esforzaban por no ver nada, pero lo veían todo. Valdés era quien se conservaba más sereno. ¿Serenos por completo? No. Había un punto por donde la ansiedad de su inconsciente se desahogaba: su mano izquierda le raía con ahínco las asperezas reseca del labio inferior.

Mi general sacó del bolsillo la lista de los cinco presos y leyó con voz de resonancias solemnes:

–¡Don Carlos Valdés!

Valdés respondió:

–¡Presente!

–¿Está usted dispuesto a cumplir las órdenes que por mi conducto le ha dictado la Revolución?

–Ya he dicho, señor general, y no concibo que sobre esto le quepa a usted la menor duda, que dispuesto estoy a cumplir, pero no tengo dinero ni manera alguna de procurármelo.

–Muy bien, señor Valdés. Lo que pase será obra exclusiva de su resistencia a un mandato cuya justificación no puede discutirse. Le quedan a usted dos minutos para

resolver. Pero como la Revolución no infringe sus propios mandatos, iremos adelantando ciertos preparativos... ¡Sargento, cumpla usted las órdenes!

El sargento, con dos soldados, se acercó a Valdés; le ató las manos a la espalda. Luego, empujándolo por los brazos, lo condujo hasta las sillas, a una de las cuales lo hizo subir. Después dejó a los dos soldados la custodia del sentenciado a muerte y fue a colocarse otra vez en su puesto, junto a la escolta.

A continuación el cabo subió a la otra silla y, alzando los brazos, metió la cabeza de don Carlos Valdés dentro de la lazada del nudo.

El sargento mandó:

–¡Presenten... armas!

Los compañeros de Valdés, demudado el rostro, flojas las corvas, contraído el vientre, miraron hacia la horca con ojos de extravío. Él, muy pálido, pero muy firme, no apartaba la vista de mi general, que a su vez mantenía los ojos fijos en el minuterio de su reloj de pulsera.

Unos segundos pasaron. De pronto mi general alzó la cara para ver a Valdés y dijo:

–Don Carlos Valdés: son las siete y cuarenta y siete de la mañana. El plazo se ha cumplido. ¿Entrega usted los cinco mil pesos, si o no?

Valdés siguió mirando a mi general sin responder nada. Mi general se dirigió entonces al cabo:

–¡Cumple la orden!– le dijo.

El cabo tiró de la silla en que Valdés estaba en pie y lo dejó colgando de la cuerda.

Se cerró la gaza instantáneamente. El nudo operó firme. Don Carlos Valdés pataleó en el aire con gesticulaciones grotescas y horrible agitación de sus manos amarradas, que le golpearon la región de los riñones como con escobajo frenético.

Los otros cuatro presos lanzaron un grito – un grito pavoroso – y abrazados se volvieron de cara a la pared.

Los oficiales nos estremecimos.

Mi general no parpadeó.

\*\*\*

Don Ciriaco Díaz González entregó sus seis mil pesos a las nueve de la mañana; don Pedro Salas Duarte entregó siete mil antes de las once, y los otros dos notables del pueblo pagaron sus cuotas antes del mediodía.

Poco después, mirando mi general todo aquel dinero, perfectamente contado y formado en montoncitos sobre su mesa de campaña, me decía:

–Como ves, el procedimiento infalible. Todos pagaron.

–Todos, sí, menos Valdés– repliqué

–¿Valdés? Por supuesto. Pero de ése ya sabía yo que no habría de pagar. No tenía en qué caerse muerto.

–¡Pero... entonces!... ¿Por qué lo ahorcamos?

–¿Por qué? ¡Qué bisoño eres! Ahorcándolo a él, era seguro que pagarían los demás...